

## MARCOS PÉREZ JIMÉNEZ: UN PERIPLO DE LA MEMORIA A LA FASCINACIÓN

Alfredo Angulo Rivas

De llegar a convenir que la Historia es el acontecer humano ocurrido en el pasado, no sería del todo impertinente preguntar en qué momento comienza el pasado, determinación esta que seguramente nos colocaría en el terreno controversial de la muy libre subjetividad humana. Quizás resulte más aceptable sugerir esta otra: la Historia es la actividad académica de pesquisa y difusión de unos profesionales llamados historiadores, definición esta que sin embargo no haría justicia a quienes teniendo una obra escrita de valía intelectual, no han egresado de una escuela dedicada a los estudios sistemáticos de la Historia. Tal pareciera que sigue teniendo vigencia, con todos sus bemoles y críticas, la Historia asociada a la memoria, a la memoria individual y a la memoria colectiva.

Algo habló del asunto Don Miguel de Montaigne, digamos para citar una fuente de autoridad. En los *Ensayos* dedica su atención a hablar de los memoriosos. Su carencia de memoria, anotaba este Miguel de La Montaña, le había permitido por vía de compensación otras facultades que apreciaba mucho más. Ese inconveniente le hacía posible acordarse menos de las ofensas sufridas y ver que libros y lugares lucieran siempre el brillo inmaculado de lo nuevo. No le molestaba al desmemoriado Montaigne su afición por las citas. Tanto citaba que alguien cierta vez le preguntó: “¿qué ha puesto Usted de Usted en sus libros?” Y se dice que contestó: “La red, señor, la red” <sup>(1)</sup>.

Hay la memoria del dolor y hay la memoria del gozo. Recordamos el dolor vivido por una pérdida, aunque no podamos reconstituirlo tal como recitamos de memoria algunos versos. Al cabo de muchos años, los sobrevivientes evocan a sus familiares muertos con serenidad, luego de haber logrado elaborar su respectivo duelo. De los placeres y el deleite quizás las cosas no sean tan diferentes. Al hombre le ha sido dada con el recuerdo la posibilidad de reinstalarse en sus gozos y satisfacciones. De allí que busquemos con afán nuevas oportunidades de vivirlos.

Un cuento al que se le atribuye origen polaco, tal vez nos ayude a considerar en el presente, aquello que atañe a las sensaciones del pasado. Se trata de una vieja campesina que todas las semanas iba a pedir al sacerdote que la absolviera del pecado de infidelidad. Tantas fueron las veces que acudió a la Iglesia y siendo el caso que la mujer estaba muy avanzada en edad, el sacerdote capcioso le hizo decir la verdad. Ella en realidad había pecado, pero sus faltas había tenido lugar treinta años antes. Sin comprender la terquedad de la penitente en hacerse perdonar lo tantas veces ya absuelto, el religioso manifestó su perplejidad, ante lo cual ella le explicó: “Padre, es tan sabroso recordar” <sup>(2)</sup>. Aunque algunos adviertan respecto a los inconvenientes de explicar un relato humorístico, tal pareciera que buscando una vieja emoción, en este caso, la delicia del amor adúltero, la memoriante se encontró con una nueva, esto es, la sabrosa emoción del recuerdo.

Hablamos en defensa de la “*memoria histórica*” no obstante que la expresión misma envuelve una cierta ambigüedad. Su rescate es una faena necesaria para quienes no han sido testigos de la crueldad o víctimas del horror. Pero a aquellos seres que les ha

tocado en peor suerte vivir la infinita capacidad humana de producir dolor, su camino no es tanto preservar la memoria sino antes bien dar campo ancho al olvido. Quien no puede olvidar enloquece, tal parece ser la moraleja implícita en *Funes el memorioso*, relato de Jorge Luis Borges cuyo personaje era memoria absoluta, al punto de poder recordar el número de hojas movidas por la brisa una tarde de verano quince ó veinte años atrás. Admitamos pues que el olvido es un recurso del que los seres humanos nos valemos para adaptarnos al desagradable mundo de la realidad. Olvidamos los recuerdos hirientes, los dolores intransferibles que nos causan las pérdidas irreparables, los compromisos no deseados, el oficio aburrido y hasta las deudas pendientes.

El olvido y la memoria son necesarios, complementarios entre sí. Que no olvidemos olvidar, pudiera ser algo así como un requisito existencial a fin de no perder la imaginación ni la curiosidad. El animal, advertía Nietzsche en *De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos para la vida*, es feliz porque todo lo olvida. El hombre, en cambio, vive con la conciencia del paso del tiempo. Quizás en el temor de ser para la muerte encontremos las raíces de las construcciones políticas que hombres y mujeres se han dado. El caso de relieve está en la diferencia entre uno y otro: mientras el animal no puede aprender a recordar, el ser humano no puede aprender a olvidar<sup>(3)</sup>. Luego podría colegirse que la historia es un vivir entre el recuerdo y el olvido; ambos son igualmente necesarios para la vida saludable porque los seres humanos, prevenía el filósofo, no deben ahogarse en la historia.

Convengamos en que el olvido es terapéutico, que su aprendizaje nos resguarda de la locura personal. Sin embargo, lo que pudiera tomarse por necesario en el terreno individual, entraña una amenaza al hacerse extensiva a la vida colectiva. Del riesgo nos percatamos al ver la afinidad entre memoria histórica y libertad. Frente al poder (con su inherente inclinación a la arbitrariedad), es preciso recordar las libertades y derechos ganados a pulso en el pasado. La desmemoria histórica también descuida las libertades obtenidas en tiempos pretéritos y los gobernantes, de ordinario, son ávidos devoradores de libertades públicas olvidadas por sus pueblos<sup>(4)</sup>. De allí pues el valor de recordar, un recurso que por necesario no excluye la noble posibilidad de perdonar.

### **Ejemplos de una viva discrepancia**

La década de los años 50 significó una época contradictoria en la historia del siglo XX de Venezuela. Por un lado se encontraba la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, y por el otro, el país había emprendido el camino de la modernización. En paralelo a la eficaz represión política ocurrida en aquellos días, se verifica un auge intelectual que ubicó a Venezuela en el campo internacional a través del fenómeno de la abstracción y el cinetismo. El cine nacional con *La Balandra Isabel llegó esta tarde* y *Araya*, triunfa en el Festival de Cine de Cannes. Guillermo Meneses y su estupendo relato *La Mano junto al muro* sientan las bases de la literatura contemporánea con su contenido más urbano y existencial. El manejo de una nueva escala, el desafío que implicó darle una nueva dimensión al espacio urbano, sin duda habla de sueños de grandeza. El Aula Magna de Carlos Raúl Villanueva y Alexander Calder se convierte en un hito de la modernidad. Susana Duijm es coronada como la primera Miss Mundo venezolana. El auge en el campo de la construcción hace de Caracas un laboratorio de arquitectura, ciudad donde se instalan

las grandes firmas del diseño mobiliario internacional. Finalmente, Venezuela recibe la migración europea más importante en toda su historia.

Sin embargo y probablemente debido a que el régimen político era una dictadura sostenida con el apoyo institucional de las Fuerzas Armadas, el estudio de aquella época se ha visto penetrado por las normales aprensiones que suscita todo gobierno de corte autoritario. De allí se explica el notable componente emotivo presente en la mayoría de la extensa bibliografía consagrada al tema. Tal vez a causa de la considerable influencia de la “*generación del 28*” en la historiografía nacional, probablemente debido a la relativa novedad de los estudios profesionales de Historia en el país y, más seguramente, a causa de haber sido un régimen inútilmente cruel, el estudio del período ha provocado la adopción de posiciones unilaterales en los que se enfatizan o desconocen dimensiones, aspectos y problemas de una realidad más diversa en su complejidad.

Las dificultades del tiempo presente, el desencanto respecto a las magras realizaciones de la democracia, la nostalgia por gobiernos que privilegien imperativamente el orden, pudieran ser entre otros los factores condicionantes en la recuperación de la imagen de Marcos Pérez Jiménez. De los mudables colores de ropa con que se viste el pasado ha estado consciente el mismísimo General. Valga hacer la siguiente acotación personal.

En el verano de 1991 viajé a Madrid, ciudad donde reside desde el 1 de agosto de 1968 el general Pérez Jiménez. Como es de conocimiento público en Venezuela, él tuvo un ascendente protagonismo en la política nacional hasta alcanzar la Presidencia del país el 2 de diciembre de 1952. No exento de comprensible emoción personal, quise conocer de primera mano algunos aspectos ignorados o malamente comprendidos de nuestra historia reciente. Para la fecha había realizado una compulsiva documental en el Archivo Histórico de Miraflores de Caracas, actividad que me permitió acceder a algunas fuentes primarias, las que sirvieron de base para formular un conjunto de interrogantes y planteamientos al General.

Aunque no me satisfizo la entrevista con el ex Presidente, la experiencia compartida habló mejor de Pérez Jiménez que de quien esto escribe. Derivé una lección inolvidable de aquel intercambio: el lenguaje en las relaciones de poder es menos un instrumento para expresar el pensamiento y más un medio para ocultarlo. Pérez Jiménez habló, pero lo hizo de acuerdo a un guión explicativo que desestimaba preguntas y rechazaba los comentarios en réplica. En síntesis, su actitud encerraba una ironía digna de subrayar: el General no ocultaba su desprecio por un país que en forma cada vez más amplia, reivindica su acción administrativa de gobierno.

Continué mi pesquisa y a mediados de enero de 1993 logré conversar con Jesús González Pacheco, un antiguo funcionario de la Seguridad Nacional, la policía política cuyas acciones mostraron el lado obscuro de un régimen acusado de violar los derechos humanos de la población civil. *Pachequito*, así le llamaban para la época, expresó sus opiniones en un estilo directo, sin asomo de rubor. Sostuvo la mirada al principiar la conversación y dijo: “*Si, yo fui un esbirro de la Seguridad Nacional*”. Sin ambages reivindicó la acción nacionalista del General: “*En esa época Colombia no exportaba*

*delincuentes a Venezuela. Si Pérez Jiménez no reclama Los Monjes, hoy el Golfo de Venezuela no sería nuestro*". Tras proclamar su orgullo de haber servido al gobierno de Pérez Jiménez, reiteró su satisfacción porque en aquellos días *"no venían chulos latinoamericanos a vivir en el país"*. Frente a mi duda de haberle concedido el derecho al sufragio a los emigrantes recién llegados de Europa respondió: *"Ellos vinieron a trabajar. No votaron obligados y si pudieran volverlo a hacer, votarían por Pérez Jiménez"*. Venezuela no era un país endeudado externamente en aquella época, habiendo sido el primero en construir la carretera Panamericana, exclamó González Pacheco, para finalmente expresar su convicción en que Pérez Jiménez había sido el mejor administrador en la historia del país.

Con un discurso en perfecta antítesis al del antiguo funcionario policial, pude escuchar a Abdel Ramón Lancini a principios del mes de agosto de 1993. Habiendo sido prisionero del centro de reclusión de *Gusaina* en el Delta del río Orinoco, Lancini pudo salvar su vida pese a la acusación que sobre él pesaba de haber participado en una conspiración terrorista para liquidar a Pérez Jiménez. Así dijo cuando le solicité una suerte de inventario de aquel gobierno: *"Se ensañaron y fueron muy torpes en la persecución. Hubo el desplante de la crueldad. Se perseguía al oriental, especialmente a los hombres del estado Sucre porque fue la venganza menuda de Pedro Estrada"*. Conforme a sus estimados hubo entre 10 y 15 mil perseguidos políticos, no obstante que los opositores efectivos no sobrepasaron la cifra de las 2 mil personas. Para Lancini aquel régimen tuvo apoyo de sectores económicos e intelectuales, de la Iglesia católica y de la administración del Presidente D. Eisenhower, así como de los emigrantes europeos que llegaron al país. Al referirse a la vida social de aquellos días agregó ácidamente: *"En la década de los años cincuenta, el símbolo sexual fue la cabaretera y el orchilismo reflejó la timidez sexual de Pérez Jiménez"*. Aunque todos los dictadores de la época estaban en una onda proamericana, Lancini considera que hubo una metamorfosis en la imagen del General: *"A partir del gobierno del Presidente J. F. Kennedy, Pérez Jiménez vende una imagen antiimperialista, aunque había entregado nuevas concesiones petroleras, dio facilidades para la explotación del hierro a precios irrisorios, el FBI asesoraba al régimen y acepta la alta condecoración de la Legión de Honor de los Estados Unidos"*. Tras insistir en que la resistencia a la dictadura fue obra de pocos habida cuenta que fue prácticamente liquidada, juzgó que el partido Acción Democrática siempre soñó con un golpe militar, observación crítica que extendió al posterior desempeño de los prohombres de esta formación partidaria.

### **Miradas sobre un mismo objeto**

Al hacer revisión de los estudios sobre el régimen militar presidido por Marcos Pérez Jiménez, el investigador encontrará discrepancias más o menos semejantes. La frondosidad de las referencias, abundancia quizás no menos problemática a la situación de extrema escasez de estudios y análisis sobre un tema, plantea dificultades considerables al investigador quien debe aguzar la mirada para lograr separar el trigo de la paja.

Al evaluar el estado del arte del objeto que nos ocupa, pudiéramos encontrar en esfuerzo de inventario una primera tendencia cuya orientación general enfoca la impugnación de un régimen que violentó las normas jurídicas y los derechos humanos de la población. Hallamos a título de ejemplo a *Venezuela bajo el signo del Terror o Libro Negro*

de la *Dictadura* edición (3ª edición, 1982, facsímil de la clandestina de 1952 y de la 2da de 1974). La puesta en circulación de este libro en el marco del proceso electoral de 1952, editado clandestinamente por José Agustín Catalá, conmovió a la opinión pública y suscitó la reacción airada de Marcos Pérez Jiménez. En conexión con esta obra se encuentra *La Resistencia en el Régimen de Pérez Jiménez, 1948-1952* (edición y notas escritas por J. A. Catalá, 2da edición, 1977). El título forma parte de la colección *Documentos para la Historia de la Resistencia*, materiales que permiten acercar al investigador a las circunstancias que desembocaron en la instalación de la dictadura en Venezuela. Compilación hecha por el mismo editor, el investigador interesado en el tema puede conocer *Los Crímenes de la Dictadura* (prólogo de J. A. Catalá, 1972), obra que presenta una relación de los detenidos políticos en Guasima y la cárcel del Ciudad Bolívar. Las dos obras de Guido Acuña (*Cuando Mataron a Ruiz Pineda y Pérez Jiménez, Un Gendarme Innecesario*; 1977 y 1990 respectivamente) permiten conocer respecto a los conflictos internos que vivía la dirección del partido AD en esa época, así como la protección oficial que recibió Leonardo Ruiz Pineda, secretario general de esta organización política.

Las *Noticias de Venezuela y Venezuela Democrática*, copias facsímiles de los periódicos de los desterrados venezolanos del Partido Comunista y Acción Democrática en México, constituyen documentos de importancia para conocer la agenda de discusión de ambas formaciones partidarias, así como el tipo de criterio utilizado para enjuiciar las políticas del régimen. No sería correcto obviar en este balance el título *Huyen las Aves de Rapiña* (Buenos Aires; 1959). Allí Norman Dupray expone una relación detallada de quien era quien en los altos círculos de gobierno de Marcos Pérez Jiménez. *Se llamaba SN* es un título imprescindible para conocer las interioridades de la resistencia clandestina a la dictadura (editor J. A. Catalá; 1964). José Vicente Abreu, el protagonista de su propia novela, a través de un relato sencillo y sin rebuscamientos estéticos muestra el coraje personal del autor, pero también deja ver como los hombres de la oposición ilegal asumieron la vía del terrorismo y la acción directa contra el gobierno militar. Pero la obra capital, inscrita en la tendencia a cuestionar las políticas oficiales del régimen militar, es *Venezuela, Política y Petróleo* (Monte Avila, Caracas; 1979). Rómulo Betancourt escribe la relación más completa de las ejecutorias del régimen, aunque con un evidente sesgo partidario. Se trata de un libro más próximo al debate político que a la voluntad de escribir un discurso histórico profesionalmente. Es de subrayar su propósito de ocultar el fracaso de la línea de abstención en las elecciones de 1952, así como la ironía que encierra las severas críticas de Betancourt a la política petrolera del gobierno de Marcos Pérez Jiménez, para más tarde olvidar (ya en funciones de Presidente) la tacha anticonstitucional que alegara ante las nuevas concesiones petroleras de 1956 y 1957.

Dentro de esta perspectiva crítica, es preciso anotar algunas elaboraciones más recientes, asociadas a la visión tradicional expuesta por algunos hombres de izquierda. Se trata de la tesis de la burguesía nacional progresista que rechazó las políticas *pro-imperialistas* de Marcos Pérez Jiménez. Es la posición de Moisés Moleiro (*El Partido del Pueblo: crónica de un fraude*. Valencia, Vadell Hermanos, 1979) y Domingo Alberto Rangel (*La Revolución de las Fantasías*. Caracas, OFIDI, 1966). De otra parte, la orientación revisionista asevera que Pérez Jiménez chocó contra “*el imperialismo económico*”. Es el punto de vista de Carlos Capriles Ayala (*Pérez Jiménez y su tiempo 1930-1948*. Caracas, Dusa, 1987). Otro tanto sostiene D.F. Maza Zavala cuando expresa

que el régimen de Pérez Jiménez fue menos subordinado y más independiente respecto de los gobiernos habidos en Venezuela después de 1958 (Agustín Blanco: *Venezuela: historia de una frustración*. Caracas, 1986, UCV). Los revisionistas atribuyen la existencia de tensiones en las relaciones entre los Estados Unidos y Venezuela por los planes específicos que Pérez Jiménez abrazó en dos áreas: los proyectos estatales de industria pesada en Guayana, la planta petroquímica de Morón y el sistema nacional de trenes. La propuesta de Pérez Jiménez en Panamá el año 1956 de crear un Plan Marshall hemisférico, es juzgada como una razón adicional más en las tensiones habidas entre ambos gobiernos. Esta es la perspectiva de Juan Bautista Fuenmayor (*Acentuación del neocolonialismo bajo un gobierno de dictadura castrense, 1948-1958*. Caracas, Miguel A. García e Hijo, 1981) y Salvador de la Plaza (*Desarrollo Económico e Industrias Básicas*. Caracas, UCV, 1962). En una investigación posterior, Ocarina Castillo sostiene que el gobierno de Marcos Pérez Jiménez no fue una administración inflexiblemente antiproteccionista y subraya la oposición y puesta en cuestión del Tratado Comercial de 1952 (*Los años del buldozer. Ideología y Política, 1948-1958*. Caracas, Tropykos, 1990).

Una segunda orientación en el conocimiento previo acumulado sobre el tema, asume un contenido más bien apologético. Así por ejemplo encontramos *El Nuevo Ideal Nacional de Venezuela. Vida y Obra de Marcos Pérez Jiménez* (Madrid; 1954). El autor, Ladislao Tarnoi, asienta que Pérez Jiménez a la corta edad de 12 años ya había manifestado inclinaciones políticas, curiosamente la aspiración de alcanzar la primera magistratura de Venezuela. Tampoco se quedó corto Manuel García Hernández en su obra *Estampas Venezolanas* (Caracas; 1955). En sus páginas define la administración de Pérez Jiménez como un gobierno antidemagógico y efectivamente democrático. Al rendir loas al progreso del material impulsado por la administración de turno, sostiene sin rubor que parece la obra de Dios en connivencia con los cíclopes. Laureano Vallenilla Lanz hijo, quien tuvo en sus manos la conducción del Ministerio del Interior del régimen presidido por M. Pérez Jiménez, aseveró desde las páginas de *El Heraldo* que el régimen político implantado el 24 de noviembre de 1948 no se asemejaba a ningún otro. Para el alto funcionario, los militares de profesión asumían por primera vez la responsabilidad de dirigir los destinos del país (ediciones El Heraldo; Caracas, 1955). En *Escrito de Memoria*, un entrevero de anécdotas y pensamientos del autor, Vallenilla Lanz escribe que el régimen orgánico de nuestro país es la dictadura (Versalles; 1961). Finalmente en *Razones de Proscrito*, el autor reitera que los pueblos ya estaban cansados de democracias palabreras (París; 1964).

Inscrita en esta segunda tendencia encontramos la obra de Antonio Pérez Vivas, un hombre que estuvo ligado familiar y políticamente a Pérez Jiménez. En el título *Hegemonía Andina y Pérez Jiménez* (Cortés, San Cristóbal; 1987), el autor muestra como se perciben los andinos del estado Táchira. Asienta que la introversión permitió a los andinos en tiempos de guerra civil y asechanzas palaciegas, impedir que sus enemigos sorprendieran sus secretos y burlaran sus planes. Pero tal vez la obra central de esta orientación quedó plasmada en el título *Frente a la Infamia* (CCN, Caracas; 1968). Pérez Jiménez hace allí contestación a los cargos que se le imputan luego de ser extraditado, da a conocer los vejámenes y privaciones sufridas en la cárcel del condado de Dade, al tiempo que denuncia la enemistad del yankee, una pieza argumental que tiene su corolario en el planteamiento según el cual a un delincuente de peculado, de no lograrse comprobar la posesión de dinero, había que exonerarlo de culpa. Durante las conversaciones que el autor del presente artículo

sostuvo con el General en Madrid, Pérez Jiménez aseguró tener más bienes que cuando salió de Venezuela (*Pérez Jiménez, treinta años después*. Caracas; Universidad de Los Andes y Tropykos, 1995). Huelgan mayores comentarios.

La tercera orientación, marcada por una voluntad académica de intentar hacer un trabajo profesional alejado de la pasión política, ofrece un aporte indiscutible. Encontramos, por ejemplo, a Manuel Rodríguez Campos en *Venezuela 1948-1958* (Alianza, Caracas; 1983) y a Fredy Rincón en *El Nuevo Ideal Nacional* (Centauro, Caracas; 1982) Por ser trabajos llenos de sugerencias, quizás debido a una mirada cultural distinta a la nuestra, encontramos las indagaciones de los historiadores norteamericanos que se han ocupado del tema. Valga sugerir los títulos de Philip B. Taylor, Jr: *The Venezuelan Golpe de Estado of 1958: The Fall of Marcos Pérez Jiménez* (Washington, D.C; 1968). También se encuentra la publicación de Winfield J. Burggraft: *The Venezuelan Armed Forces in Politics, 1935-1959* (Columbia Press; 1972). Asimismo puede leerse a Charles D. Ameringer: *The Democratic Left in Exile. The Antidictatorial Struggle in the Caribbean 1945-1959* (Miami Press; 1974). Pero la obra más completa consagrada al tema de la extradición de Pérez Jiménez es el estupendo libro de Judith Ewell: *The Indictment of a Dictator. The Extradition and Trial of Marcos Pérez Jiménez* (Texas Press; 1981). Con todo, quedaría incompleto este registro de obviar el título de Robert Amerson, antiguo Agregado de Prensa de la embajada de los Estados Unidos en Caracas. En *How Democracy Triumphed over Dictatorship. Public Diplomacy in Venezuela* (American University, Washington D.C; 1995), el autor confiesa haber sufrido una conmoción moral al presenciar cómo el embajador de los Estados Unidos departía amigablemente con el jefe de la policía política de la dictadura.

### Colofón

A causa de los escasos éxitos materiales del período democrático que se inicia en 1958 (en verdad, el control civil de las fuerzas armadas constituye una notable excepción al deslucido desarrollo general de las democracias en el mundo, tal como lo advierte el profesor Samuel Huntington), ha vuelto a surgir entre nosotros la figura de Marcos Pérez Jiménez. El ex gobernante se ha convertido en un personaje de actualidad, no obstante que al hacer dejación de la Presidencia era un hombre desprestigiado ante el conjunto del país. El caso es que ha tomado cuerpo una especie de culto nostálgico al régimen de Pérez Jiménez. Hombres y mujeres del pueblo llano rinden añoranza del orden y progreso que atribuyen a aquella gestión de gobierno. Significativamente, intelectuales y universitarios que deberían estar bien informados de los hondos desequilibrios sociales y económicos de la dictadura, hacen caso omiso de esa circunstancia, o bien minimizan las injusticias de aquella época. Y al alabar las obras públicas del régimen militar, omiten que la democracia tuvo realizaciones no menos ejemplares al menos hasta la década de los años 70.

Tal vez sin inocencia, esta suerte de *presentismo* olvida que las relaciones entre civiles y militares han sufrido un giro considerable en los últimos años. Es de recordar que en las fiestas de carnaval de febrero de 1959, los jóvenes cadetes de la Academia Militar salieron de permiso vestidos de civil. El ambiente prevaleciente en la calle era completamente desfavorable a las fuerzas armadas, y el hombre de a pie no sentía respeto por el hombre de uniforme. Eran esas las graves consecuencias derivadas de la

participación militar en la dictadura. Pero no sólo la nostalgia o las circunstancias adversas del presente (cada ser humano percibe que su tiempo ha sido el peor de todos los tiempos), actúan como factores condicionantes en la manera de mirar y de representarnos el pasado. También entran en juego elementos de naturaleza política: no pocas veces se ha dicho con ánimo exculpatorio que Rómulo Betancourt fue un golpista, y que el golpe de Estado tuvo lugar contra el gobierno más democrático que se conoce en la historia de Venezuela. Así las cosas, se omite que el golpe del 18 de octubre de 1945 fue el resultado de una alianza (que desde una perspectiva moral algunos juzgan de oportunista y contra natura), entre Betancourt y Pérez Jiménez.

Claro que el perdón es fundamental para que un país pueda resolver en forma madura sus diferencias. Si en su caso ya hubo sanción luego del juicio que se le siguiera, mal puede en consecuencia haber impunidad en la comisión de los delitos que se le imputaron. Aunque Pérez Jiménez no pareciera haber tenido disposición anímica para regresar a fijar residencia en Venezuela, al dejar expresamente establecido que no había disposición legal que impidiera su retorno a vivir entre nosotros como cualquier mortal, con ello se estaría indicando el grado de madurez de nuestra civilización democrática. Al fin y al cabo la democracia en Venezuela ha sido tan inclusiva que pudo incorporar a los hombres del régimen de Juan Vicente Gómez, a los *caballeros del postgomecismo*, a figuras destacadas de la dictadura de Pérez Jiménez y a los hombres y mujeres alzados en armas durante la experiencia de la guerrilla en la década de los 60.

Otra cosa es la exaltación de la dictadura asumida como forma necesaria de gobierno. El asunto, en fin, quizás pudiéramos resumirlo en la idea según la cual perdonar no es olvidar, que la memoria permite recordar los días nublados y las mañanas claras de nuestra historia, así como las parejas de marido y mujer que *siempre tienen sus momentos*.

\* Profesor Asociado de la Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela.

- (1) Véase "Memoria y Memorante " página 125. En José Solanes: *La Tarea de las Palabras*. Valencia, Ediciones del Rectorado, Universidad de Carabobo, 1992.
- (2) *Ibíd*em, página 127.
- (3) Véase "El Filósofo que dio vuelta a la Historia: Federico Nietzsche " página 103. En Sonia Corcuera de Mancera: *Voces y silencios en la historia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- (4) La advertencia es del escritor argentino Alberto Ruano Miranda: " Breve evocación de la desmemoria " Papel Literario Verbigracia. *El Universal*. Caracas, 29-08-98.